

*Relato ganador*

*Antonio Blázquez Madrid*

In vino veritas



Y de repente... abrí los ojos, y entre la nebulosa ensoñación que aún me envolvía, comencé a pensar en cómo hacer realidad el último deseo de mi inolvidable hermana.

Todo había comenzado seis meses atrás, cuando ella, Beatriz, nos abandonó para siempre. Entre sus joyas y papeles había una carta dirigida a mí que aún recuerdo palabra a palabra y letra a letra:

*«A Sofía, mi queridísima hermana:*

*Hoy es miércoles, seguramente el último miércoles de mi vida. Sentada en este rincón de la casa, donde tantas confidencias nos hemos contado, me quiero dirigir a ti. Me gustaría que estas líneas, que tal vez sean las últimas que escriba, se conviertan en mi testamento; o mejor no, no quiero que sean mi testamento, algo que me resulta demasiado rimbombante y formal en exceso, muy*

*contrario a lo que siempre ha sido mi vida, como tú bien sabes. Prefiero que, simplemente, se conviertan en mi último deseo, y que seas tú, mi mejor amiga, lo que me ayudes a realizarlo.*

*Mañana, o tal vez pasado mañana —aún no sé cuándo mi ánimo me dará las fuerzas necesarias—, mi nombre, que en tantas ocasiones ha estado presente en las primeras páginas de las crónicas de sociedad, de nuevo estará en portada, y se contarán las más absurdas e irreales historias sobre el fin de mi vida; mas tú, y sólo tú, sabrás que el destino, mi último destino, no lo elegí yo libremente, sino que una maldita enfermedad me llevó a este final, y solo mi tozudez por ser la que siempre tome la última decisión ha hecho que los acontecimientos —que iban a suceder irremediabilmente en un corto plazo de tiempo— se vayan a precipitar por voluntad propia.*

*Mas hay algo que me queda por hacer y que el tiempo, o mejor dicho, la falta de tiempo y de vida, no me van a permitir realizar: me refiero a él, tú lo conoces, ese amor que nunca conseguí que viviera solo para mí; con el que conviví, pero que nunca pude tener como hubiera deseado, siempre compartido con las otras, con ésas que, amparadas por las sombras, me robaban parte de él*

*día a día y noche a noche. A partir de ahora, cuando ya no esté presente para retenerle, desearía que mi cuerpo permaneciese en su cuerpo, mi sangre se mezclara con su sangre y mi alma habitase eternamente al lado de la suya.*

*Yo sé, mi pequeña hermana, que te pido algo casi imposible, y que mi último deseo tal vez sea un testamento irrealizable, pero antes de que mi corazón deje de latir —ahogado y asfixiado por un cóctel de alcohol y pastillas de colores—, he querido confesarte mi última voluntad, confiando en tu innata imaginación para poder realizarla.*

*Me llevaré conmigo el recuerdo de tu maravillosa sonrisa, para que me acompañe en este último viaje más allá de las estrellas.*

*Con el mayor y más sentido beso para ti, mi pequeña y adorada hermana, cierro mi vida, pidiéndote perdón por mi adelantada partida».*

Después de la ciega confianza que mi hermana había puesto en mí para que se hiciese realidad su último deseo, no me podía permitir dejar de cumplirlo.

Una tarde fría de invierno, tres meses después de su muerte, mirando viejas fotografías para no olvidar su cara,

mis ojos se detuvieron sobre una de ellas, en la que estábamos las dos, cuando aún éramos niñas, al lado de nuestro querido abuelo en la entrada de la bodega donde se criaba el vino más exquisito que jamás persona alguna haya probado, y que, por tradición familiar, estaba destinado a la celebración de la Fiesta Mayor. Me fijé detenidamente en la foto, y me llamó la atención una leyenda que estaba grabada en el dintel de la puerta, y en la que antes nunca había reparado: «*In Vino Veritas*»; y esa inscripción me dio la idea para que se pudiera cumplir la última voluntad de mi desaparecida hermana.

Días después visité la bodega que tantas veces había recorrido en mi niñez, y recordé aquellos momentos en los que el abuelo nos llevaba allí para enseñarnos el rojo color del vino, criado en grandes toneles de madera. Hacía tanto tiempo que no pisaba aquella dura tierra que ya había olvidado su especial olor. A mi memoria volvieron miles de recuerdos al tocar la húmeda peña, y me pareció ver la imagen de nuestro abuelo, llevando, en una vieja y corroída caja de lata, el polvo de azufre que echaba en los toneles para evitar que el vino se alterase, según nos decía.

Mientras caminaba entre las cubas, una gran tristeza me envolvió al pensar que ya nunca más volvería a